

RECESIÓN TECNOLÓGICA

G. C. EDMONDSON

En otro tiempo hubo dos extraterrestres, a los que, en lo sucesivo, llamaremos ET. Estaban sentados sobre un planeta de aspecto agradable y se situaron en el espectro visible para un nativo.

El nativo era un buen ciudadano, aunque no constituía precisamente una lumbrera. Tenía televisión y había leído todos esos libros que los niños traen a casa. No obstante, le extrañó ver que algo grande y redondo se hacía visible en la transparencia del aire, y que de allí salían un par de seres jorobados con cara de pez. Parecían peces amistosos y, por este motivo, Oliver Jenkins no se asustó.

Oliver Jenkins no era ET. Era un ejemplar más bien pequeño y fofo de la raza dominante en el planeta Sol III, y había llegado a una edad en la que el equilibrio de su potencia había provocado un imperceptible traslado desde sus gónadas al encéfalo. Debía fidelidad a los Kiwanis, a la Cámara de Comercio, al partido republicano y a los Estados Unidos, aunque estimaba sumamente reprobable la manera con que aquellos idiotas de Washington seguían inmiscuyéndose en el derecho de un honrado hombre de negocios a obtener justos beneficios.

El señor Jenkins poseía un sentido muy desarrollado de la responsabilidad social. Contribuía a todo y era miembro de un grupo político-religioso-social cuyo talismán mostraba orgullosamente colgado de una cadena de oro que le cruzaba el pecho. Tenía la costumbre de tocar con los dedos ese talismán, consistente en el blanco molar de un herbívoro local.

En aquel momento, el señor Jenkins se hallaba excesivamente alarmado para tocar el talismán. Además, lo había dejado en casa. Carecía de objeto llevarlo en un lugar donde no iba a encontrar hermanos herbívoros. Estaba usando una mosca como anzuelo y, como buen herbívoro, no iba a permitir que nada se interpusiese en la segunda cosa más importante de la vida. No, hasta que aquella cosa grande y redonda se presentó como un fantasma. Se sintió enojado al comprender que no pescaría más aquella mañana, sobre todo porque aquellos dos extranjeros le habían hecho, contra su voluntad, llenar de clara y espumosa agua de montaña, fría como el hielo, una de sus botas.

El más alto de los dos ET hizo una señal amistosa con la mano y Jenkins, para no ser menos, devolvió el saludo en igual forma. Se movió la boca del ET y una voz asombrosamente recia dijo:

—Buenos días. ¿Puedo interesarle en algún trato comercial?¹

Jenkins efectuó un gesto local de «no entiendo» y comenzó a salir del riachuelo. El ET apretó un botón y probó otra vez.

—Lo siento en el alma —continuó—. Debo tener desplazado un punto decimal en alguna parte.

Al acercarse, Jenkins pudo escuchar zumbidos pasajeros en la boca del ET conforme las frases en su idioma eran emitidas desde la hebilla del cinturón de éste.

—Nunca logro aprender el manejo de una de estas cosas —prosiguió el ET para dar conversación.

Jenkins efectuó una seña afirmativa con la cabeza para mostrar su comprensión. A veces también le pasaba lo mismo con sus aparatos.

—Como decía... —añadió el ET—. A propósito, me llamo Chorl. Éste es Tuchi, mi socio.

—Oliver Jenkins. Mucho gusto en conocerle.

Jenkins tendió su mano, que fue estrechada débilmente por un racimo de dedos con un pulgar opuesto en cada extremo. Tras un momento de indecisión. Tuchi se sumó al ritual nativo:

—*Eaut sirtam matcal da mutnemerxe* —comentó.

Chorl meneó ligeramente un despreciativo tentáculo-labio y ajustó la hebilla del cinturón de Tuchi.

Oliver Jenkins se sentó sobre un tronco de árbol y se quitó la bota. Mientras la vaciaba de agua, Chorl sacó un manual de una bolsa. Escrutó páginas durante varios segundos antes de mirar con asombro al señor Jenkins.

—No quisiera ofenderle, pero el manual nada dice acerca de anfibios inteligentes en este planeta.

—No soy anfibio, soy americano —respondió Jenkins.

—Pero los humedecedores de la pierna... ¿Por dónde respira usted?

—Por la nariz, como todo hombre normal.

—¡Oh! —exclamó Chorl pensativamente, haciendo girar un tentáculo-labio—. No somos científicos, señor Jenkins. No comprendo cómo puede respirar... Pero dejémoslo. ¿Le interesa el comercio?

Las ventanas de la nariz del señor Jenkins temblaron. Podría soportar una interrupción de la segunda cosa más importante de la vida si ello significara conseguir un poco de la primera.

—No me opongo a obtener alguna pequeña ganancia de cuando en cuando, pero... de acuerdo con las historias que leen los niños, lo único que les interesa sería combustible para los reactores, así que más vale dejarlo. Esos burócratas nos tienen atados...

Chorl emitió zumbidos amistosamente.

—Con franqueza, señor Jenkins; no podríamos usar su combustible para reactores aun en el caso que lo obtuviera —al ver que comenzaban a palpar las bolsas de la garganta de Jenkins, añadió—: ¡Oh, no! No se trata de eso. No estamos equipados para trabajar con combustible. Debe comprender que la nuestra es una empresa pequeña.

—Ya veo —repuso el señor Jenkins con poca sinceridad.

—De ser posible, quisiéramos cambiar los artefactos y objetos curiosos que fabricamos por artículos comestibles, si resultan asimilables para nosotros.

—¡Hum...! ¿Quieren un puro?

El señor Jenkins sacó tres y enseñó a los ET el modo de arrancarles la punta con los dientes. Esto provocó alguna dificultad, porque su dentadura carecía de incisivos. Cada uno de los ET dio una chupada y se zambulló en el riachuelo, dando gritos glóticos que las hebillas de sus cinturones no interpretaron. Jenkins borró mentalmente el riachuelo de su lista de sitios para pescar truchas, en tanto ellos nadaban velozmente arriba y abajo como focas en una piscina.

Por fin salieron a la superficie y echaron una fina espuma por sus agallas.

—Los cigarros no nos sientan bien —dijo Chorl.

—Ya me doy cuenta —asintió Jenkins con tristeza—. No traigo muestras. ¿Por qué no me acompañan...?

—Creo que no es prudente —se apresuró a decir Chorl—. Pudiéramos causar agitación.

—¿Van a estar mucho tiempo aquí?

—Pocos días.

—Volveré esta tarde con las muestras.

—¿Solo?

—¿Se lo cuenta Johnson a Kosyguin?

Oliver Jenkins pasó cuatro horas febriles en la ciudad y volvió al lugar donde le esperaban los ET, tras dar a su esposa y empleados unas frívolas disculpas. En su apresuramiento, patinó desde el polvoriento camino al cauce del riachuelo y salió del percance con una abolladura en el guardabarros. Después de emitir zumbidos no traducidos y alguna expectoración mientras examinaban las muestras de comestibles, propusieron como medios de transacción caviar, arenques, ostras ahumadas y pasta de anchoa.

—¿Qué tienen a cambio? —preguntó Jenkins.

Tuchi se introdujo en la esfera y salió con un objeto semejante a un cono puesto sobre un pedestal. Apretó un conmutador, y comenzaron a brillar por su superficie ondas fluorescentes. Los dos ET miraban vidriosamente y hacían vibrar los tentáculos-labio al unísono con los pequeños relámpagos.

—Me temo que no —dijo Jenkins.

Tuchi encogió sus inexistentes hombros y devolvió el cono a su lugar. Salió con un globo de plástico e hizo movimientos ilustrativos. Jenkins husmeó con cautela, pero nada percibió. Dio un mordisco al tubo y se ahogó cuando un chorro a alta presión de algo que parecía aceite de hígado de bacalao rancio amenazó con arrancarle las amígdalas. Los ET cruzaron miradas de impotencia en tanto Jenkins vomitaba en la hierba.

Le ofrecieron otros manjares, pero Jenkins rehusó.

—Tiene que haber algo más —protestó débilmente.

Los ET emitieron zumbidos. Chorl pareció entender sus razones.

—Esta parte de su vehículo —dijo señalando el guardabarros—, no debiera estar así.

Jenkins asintió con la cabeza. Chorl mostró un tubo parecido a una estilográfica y apuntó con él hacia el guardabarros. En un instante guardó el tubo y puso una mano con dos pulgares detrás del guardabarros. Con la otra alisó la abolladura, como si el metal fuese una blanda pasta. Apuntó nuevamente con el tubo al guardabarros. Jenkins lo golpeó con precaución. Estaba tan fuerte como antes de abollarse.

—¿Cuántos me pueden proporcionar? —preguntó.

Durante un momento, cada una de las partes juró que se arruinaba con el trato. Cuando llegaron a un acuerdo, Jenkins poseía setecientos cuarenta tubos y la exclusiva de venta para Sol III. Los ET eran dueños de golosinas por valor de treinta y ocho dólares con ocho centavos. Prometieron volver en el próximo viaje y regalaron un talismán a Jenkins para que lo colgase junto a su molar mágico. El talismán cambiaría de color cuando pudiesen reunirse con él otra vez en el mismo lugar. Los ET cerraron su esfera y se hicieron invisibles. El nativo permaneció visible y regresó a la ciudad.

Oliver Jenkins había vendido dos tubos con el máximo beneficio y la mínima publicidad cuando llamaron a la puerta.

—Simpson, FBI —dijo el visitante.

—Presento mi declaración de utilidades cada trimestre —manifestó Jenkins.

—Hablemos del impuesto sobre artículos de consumo. Necesito información acerca de los instrumentos que vende usted ahora.

—Garantizados por sesenta y ocho años. Ciclo de servicio, cincuenta por ciento. Capacidad máxima, dos metros y medio. Cono de rendimiento, treinta grados. Actúa solamente sobre los metales. Se usa el botón izquierdo para ablandar, el derecho para endurecer. El disco de la parte posterior sirve para operaciones de temple. Mil dólares.

—No es precisamente esto lo que deseo saber.

—No puedo dar más información. Es un secreto de la casa.

—Póngase la chaqueta.

—Esto es anticonstitucional.

—También lo es escupir en la acera.

El general George S. Carnhouser no se distinguía por el dominio de sí mismo. Había elegido el ejército como campo más apropiada para el pleno desenvolvimiento de su amable personalidad paternalista. Por el momento se limitaba a razonar con el señor Oliver Jenkins.

—¿Y si los rusos consiguen apoderarse de esto? —decía.

—No soy inventor ni fabricante —respondió Jenkins—. Me dedico a importaciones si me dejan lo bastante tranquilo para atender mi negocio.

—Reflexione, hombre, reflexione sobre las posibilidades.

La actitud de bondadosa moderación del general Carnhouser se veía malograda por las palpitantes venas de sus sienes.

—Estoy harto de reflexionar. He dicho al FBI lo que quieren saber. No he quebrantado ninguna ley. Exijo que me suelten inmediatamente.

—¿Qué me dice de los derechos de importación?

El señor Jenkins se enderezó con ampulosa dignidad. Acarició talismanes gemelos y cobró fortalezas.

—He realizado un profundo estudio —dijo majestuosamente— del Anexo A, Clasificación Estadística de Mercancías Importadas en los Estados Unidos con Arancel de Aduana para Países (Anexo C), Distritos y Puertos Aduaneros en los Estados Unidos (Anexo D) y Matrícula de Pabellones de Buques (Anexo J), edición 1-1-1954, así como de aproximadamente ochocientas páginas de inserciones sueltas relativas a modificaciones posteriores. En ninguna parte he visto que se prohíba la importación de plastificantes de bolsillo. En ninguna parte he visto que deban pagarse derechos de importación sobre dicha mercancía. En ninguna parte existe prohibición expresa del comercio interestelar.

La refutación del general Carnhouser no fue publicable. Cedió la voz al contraalmirante Schifführer, el Lord Nelson de la inteligencia naval.

—Paso —dijo el contraalmirante.

—Exijo que me suelten inmediatamente —repitió el señor Jenkins.

—¿Por qué no hace usted algo? —preguntaron el contraalmirante y el general al agente de la CIA.

El hombre de la Central de Inteligencia miró especulativamente el molar que colgaba de la cadena de oro del señor Jenkins.

—Lo haré —respondió.

Comenzaron de nuevo a la mañana siguiente.

—Señor Jenkins —dijo el agente de la CIA—, hemos examinado sus antecedentes y no hemos hallado irregularidades políticas, asociaciones ideológicas o declaraciones del impuesto de utilidades. Deseamos su cooperación. —Hizo una pausa para producir efecto dramático—. ¿Sabe su esposa lo que sucede en sus convenciones anuales? Me refiero, sobre todo, a la celebrada en Chicago en septiembre de 1951.

—Cooperaré —concedió el señor Jenkins.

Cuatro horas después, el Gobierno tenía setecientos treinta y ocho tubos. El señor Jenkins tenía promesas vagas y dolor de cabeza.

Simpson volvió a llamar a la puerta cuatro días más tarde.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó el señor Jenkins.

—Póngase la chaqueta.

—¿Otra vez?

—Señor Jenkins —terció el agente de la CIA—, nos parece que ha sido poco franco con nosotros. Hace unas ocho horas que un oficial soviético de alta graduación ha desertado a Occidente. Se proponía vivir tranquilamente del producto de un nuevo procedimiento descubierto en un laboratorio soviético. Ha traído un modelo —el agente de la CIA arrojó sobre la mesa un tubo de plastificante—. ¿Qué tiene que decir ahora?

—¡Ja! —exclamó el señor Jenkins.

—Usted no coopera —añadió el agente de la CIA.

—He cooperado, ¿y que he ganado con ello? Mi negocio va a la ruina. Mi esposa quiere saber lo que oculto cuando salgo de casa a todas horas para estar con extraños. Me han decomisado todas mis existencias... ¡Adelante, fusílenme!

—¿He de entender que no desea seguir cooperando?

—Entiéndalo como quiera. Espero que me traigan algo para ablandar los huesos en el próximo viaje que hagan.

—¡Ajá! ¿Van a volver?

—¿Por qué no? Negocios son negocios.

—¿Cuándo?

—No es de su incumbencia.

—Lo mejor será que diga a su esposa que tenga dispuesto el cuarto de los invitados. Simpson pasará unos días con ustedes.

El severo rostro de Simpson había honrado durante una semana la casa de los Jenkins. Sus feas mandíbulas habían masticado una increíble cantidad de comida antes que se produjera el incidente sucesivo.

—No me queda duda alguna que sus técnicos no han podido reproducir el plastificante —comentó el señor Jenkins con aspereza por encima del borde de su taza de café.

—No lo sé —repuso Simpson.

Se hacía evidente que Simpson no podía decir gran cosa acerca de nada. Se le atragantó la tostada y, de pronto, le quitó al señor Jenkins de las manos el periódico de la mañana. Un anuncio de cuarto de plana ofrecía el plastificante por cuarenta y nueve dólares con noventa y cinco centavos (impuesto federal incluido).

—Vámonos —dijo Simpson, tomando su sombrero.

—En mi coche, supongo —replicó Jenkins con resignación.

Cuando llegaron a su destino, estaban ya conferenciando a puerta cerrada el agente de la CIA, un representante del Tesoro y el director de los Almacenes Peerless. Hubo un breve pero iluminador coloquio sobre la interpretación que Almacenes Peerless daba al artículo ganancias del capital (1952), hasta que el director, en vista de las dificultades de fabricación y la mala presentación del producto, tomó la decisión de retirar el plastificante del mercado.

El asunto quedó zanjado en una hora a gusto de todos, a excepción de Almacenes Peerless y del señor Jenkins. En la calle, Jenkins se volvió hacia su guardián con una maligna sonrisa.

—Veo lo que usted no ve.

Simpson miró a su alrededor. Una tienda de artículos para automóvil exponía en el escaparate una herramienta para reparar guardabarros. Jenkins vio con triste satisfacción que el precio había bajado a veinticuatro dólares con noventa y cinco centavos.

—Supongo que tiene la exclusiva —dijo el señor Jenkins al dueño de la tienda.

—No —respondió éste—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Pregunte a Simpson. Se encarga de esto.

—Tendré que telefonar a Washington —dijo Simpson.

Un partidario de la iniciativa privada los vio salir desde la tienda y los llamó. Se detuvieron.

—¿Ven? —señaló el plastificante expuesto en el escaparate—. Supriman los intermediarios. Se lo doy por catorce dólares con noventa y cinco.

Se desabrochó la chaqueta y el señor Jenkins observó que el modelo de catorce con noventa y cinco tenía un sujetador para que no se cayera del bolsillo de la camisa. Los ojos de Simpson se pusieron vidriosos.

Llegaron muy tarde a casa aquella noche, pero los hijos del señor Jenkins les esperaban para mostrarles sus nuevos juguetes.

—¿Cuánto os han costado? —preguntó Jenkins.

—Un dólar —respondió Oliver hijo.

Simpson se sentó pesadamente.

—A mí me ha costado sólo cuarenta y cinco centavos —intervino Olivia—. ¡Mira, papá!

Le enseñó dos tazas de café muy toscas.

—¿Cómo las hiciste? —preguntó el señor Jenkins.

—Es muy fácil, mira.

Sintiéndose por cumplir ocho años la semana próxima, Olivia tomó un puñado de soldados de plomo, una vía de tren de juguete, una lata de tomate en conserva y piezas de mecano. Con su herramienta convirtió todo aquello en masa, hasta formar una bola. Después de un minuto de trabajo, con ayuda de sus dedos y un rodillo, ofreció a Simpson un cenicero.

Horace Crannach se sentía triste. Se llenó de café otra taza y miró sus herramientas, que estaban oxidándose. Clavó la vista en un plastificante.

—Pagué noventa y seis dólares por él —gimió—. Y dos semanas después bajaron a diez centavos. Cualquiera ama de casa puede reparar las abolladuras. ¡Ojalá me hubiese hecho carpintero!

Su socio le respondió:

—Te quejas porque sí. Yo hace un mes que no toco un motor. Iba a comenzar el último trabajo cuando el sabihondo vino y me dijo: «Déjalo, lo haré yo mismo».

—¿Y lo hizo?

—Lo hizo. Colocó bien los pistones. Rectificó el cilindro. Colocó las válvulas con las manos en su sitio. Arregló con dos dedos las bielas. Le vendí un cubo de agua. No era de metal.

—Señores —dijo William J. Volante con energía—, las prensas se han hecho anticuadas. Las forjas pueden continuar. Ya no necesitamos preocuparnos de los fabricantes. Formaremos un equipo de mujeres que harán a mano las piezas. No veo razón para que no podamos producir un nuevo modelo cada seis meses. El señor Archer de Contabilidad me informa que las nuevas herramientas sólo costarán, aproximadamente, el dos por ciento de nuestros anteriores presupuestos. En vista de ello, parece indicado anunciar una rebaja del dos por ciento en los precios de todos los modelos...

El señor Mardsell carraspeó.

—Me temo que no, señor Volante. ¿Ha visto usted nuestros últimos precios de venta? Me figuro que no. Los cuatro grandes están ofreciendo modelos de lujo con radio, calefacción, ventanillas automáticas, acondicionamiento de aire, camas plegables, etcétera, por mil cien dólares.

Volante pareció de pronto representar más de los sesenta y ocho años. Abrió y cerró la boca como un lenguado recién sacado del agua y se sentó como si se hubiesen agotado sus fuerzas. El señor Archer le tendió un vaso de agua.

—No se preocupe —dijo Mardsell—. No venden más que nosotros. Parece ser que eso de «hágalo usted mismo» ha afectado también a la industria del automóvil.

ÚLTIMAS NOTICIAS. «BROMISTAS» EN ACCIÓN.

San Francisco, 16 de octubre. — Anoche unos «bromistas» soltaron los cables del tramo principal del puente Golden Gate. Los vehículos debieron retroceder trece kilómetros, en tanto que las embarcaciones esperaban la bajamar. Trescientos cincuenta metros del tramo central se hallan ahora a flor de agua en la marea alta. Las autoridades de la ciudad están efectuando llamadas urgentes a las ciudades costeras más próximas para que envíen vapores de río para reemplazar al inseguro puente.

El conductor del camión se secó el sudor de la frente con un antebrazo peludo.

—No importa lo que diga el viejo —dijo, dirigiéndose a su ayudante y a dos ardillas que le miraban con curiosidad desde la copa de un pino—. Iré caminando el resto del camino.

Su ayudante asintió enérgicamente con la cabeza.

—Es intolerable bajar por la colina y que el motor se haga masilla —añadió el conductor—. Cualquiera de estos un chiquillo va a pulverizar el eje delantero o una rueda, y no pienso conducir cuando esto suceda.

—¿Has leído en el periódico de esta mañana lo que ha pasado con el ferrocarril de Twentieth Century Limited?

—¡Oh, no! —gruñó el conductor.

—¡Oh, sí! Un niño necesitaba unos cuantos metros de vía.

—¿Le gustan las manzanas? —preguntó el agente de la CIA.

—¡Déjeme en paz! —replicó el señor Jenkins—. He cooperado. Todavía tienen mis setecientos treinta y ocho.

Salieron del edificio. El coche del Gobierno se había convertido en un pequeño montón de lodo blando durante su ausencia.

—A propósito, ¿que le sucedió a aquel ruso que pretendía haber inventado esas cosas?

—Tengo entendido que también ellos tienen sus conflictos —el agente de la CIA sonrió con sarcasmo—. Alguien descubrió que las ametralladoras ligeras no disparan bien, y ahora todos los camaradas están transformando sus rejas de arado en espadas.

Tuchi emitió zumbidos durante varios minutos. Como no había seres humanos escuchando, su voz no salía de la hebilla de su cinturón. De lo contrario, la conversación hubiera sido más o menos como sigue:

—Tú has hecho todo. Ahora deshazlo.

—¿Cómo quieres que lo deshaga? —repuso el indicado Chorl—. Lo dices como si fuese culpa mía.

—¿Es que no lo es?

—¡Qué sé yo!

Calló al ver que otro grupo de nativos se acercaba por la orilla opuesta del riachuelo. El jefe del grupo les arrojó un hacha de piedra y los ET tuvieron el tiempo justo para zambullirse.

—Puede ser que tengan un coeficiente de desarrollo distinto. Nos costó quizás ciento diez revoluciones el viaje de ida y vuelta. Admito que es bastante rápido, pero las civilizaciones se derrumban, sobre todo las primitivas.

—¿Y que hacemos ahora con cien millones de plastificantes?

—Dime mejor qué hacemos con la cláusula que penaliza el retraso en la entrega del caviar y te diré lo que se puede hacer con los plastificantes.

—No lo comprendo —dijo Chorl.

Al otro lado del riachuelo un grupo de nativos recogía piedras para cargar una catapulta. Su jefe llevaba en el cuello una cadena de oro de la que colgaba el molar de un herbívoro local y otro talismán de brillante color rojo.

FIN

(1) En español en el original.

Libros Tauro